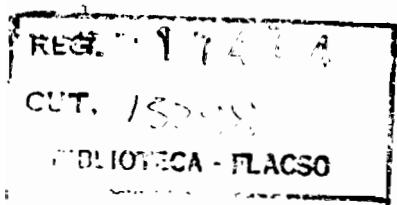


Cultura política y democratización

Biblioteca de Ciencias Sociales
Directores: Mario R. dos Santos
y Cristina Micieli.
Programa de Publicaciones
Asistente: Ariel Sher.



I.S.B.N.

Diseñador de portada: Pepa Foncea.

Corrector de pruebas: Leonel Roach.

Inscripción N° 67.603

Impresor: Salesianos.

Bulnes 19. Santiago de Chile.

Primera Edición: agosto de 1987.

Copyright de todas las ediciones en español por

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

Av. Callao 875, 3er. piso, 1023 Buenos Aires, Argentina.

Composición: Compoláser,

Av. Providencia 329, 3er. piso, Santiago de Chile.

INDICE

| | Página |
|--|--------|
| Presentación | 7 |
| I | |
| Del radicalismo reivindicativo al pluralismo radical, <i>Ludolfo Paramio</i> | 17 |
| Rasgos básicos en la transformación de la cultura política española, <i>Rafael del Aguila</i> | 25 |
| Notas sobre el fenómeno ETA, <i>Javier Garayalde</i> | 33 |
| II | |
| La trama cultural de la política, <i>Oscar Landi</i> | 39 |
| Política y militancia: ¿hacia el fin de una cultura fragmentada?, <i>Vicente Palermo</i> | 66 |
| Consenso democrático en el Chile autoritario, <i>Angel Flisfisch</i> | 99 |
| La cultura política de la juventud popular del Perú, <i>Julio Cotler</i> | 127 |

III

| | |
|--|-----|
| La cultura política de las mujeres, <i>Judith Astelarra</i> | 149 |
| Una gramática postmoderna para pensar lo social, <i>Benjamín Ardití</i> | 169 |
| Movimientos sociales y gestación de cultura política. Pautas de interrogación, <i>Fernando Calderón y Mario R. dos Santos</i> | 189 |

IV

| | |
|---|-----|
| Gramsci y el sentido común, <i>José Nun</i> | 199 |
| El concepto de lo político según Carl Schmitt, <i>Franz Hinkelammert</i> | 235 |
| La democratización en el contexto de una cultura postmoderna, <i>Norbert Lechner</i> | 253 |

RASGOS BASICOS EN LA TRANSFORMACION DE LA CULTURA POLITICA ESPAÑOLA

Rafael del Aguila Tejerina

I

El tema que se aborda en estas páginas afecta principalmente a una estrecha franja de la población española, pero creo, sin embargo, que posee un gran poder impregnador del conjunto de la cultura política. En efecto, lo que podríamos denominar la transformación postmoderna, no debe ser analizado como un elemento marginal que tiene lugar en el seno de ciertos sectores de la izquierda o de la juventud, principalmente universitaria, o que tiene su esfera de acción restringida a determinados movimientos urbanos localizados en Madrid, Barcelona, Valencia, etcétera. Aun cuando es innegable que lo que se describe a continuación nace y se desarrolla precisamente en esos ambientes, su capacidad de influencia hacia sectores más vastos está en relación directa con la crisis de la cultura política de la izquierda tradicional. Por ello, su posición pese a estar todavía considerablemente restringida, posee una enorme potencialidad y está generando lo que sin duda es la espiral de influencia más importante en el conjunto de la cultura política española.

España es, con toda probabilidad, el país europeo en el que se ha pasado más rápidamente de lo "premoderno" a lo "moderno" y de éste, a la era de la "postmodernidad". La cultura política que se fomentaba desde los últimos escalones del franquismo podría caracterizarse precisamente como uno de los mejores ejemplos de cultura política premoderna: un autoritarismo tecnocrático definía la esfera política como un asunto de especialistas y consideraba a aquellos que, desde la oposición ilegal, reivindicaban un ensanchamiento del marco de decisiones políticas, como portadores de intereses inconfesables y egoístas. En ese contexto, la cultura política propugnada era precisamente la de la pasividad y la desmovilización, la de la "privatización" de la esfera pública y de las decisiones políticas, la de la apatía participativa y la consideración de la política como una actividad restringida a determinados canales que por su misma estrechez excluían a todos aquellos que no estaban dispuestos a aceptar reglas de juego sumamente selectivas. Todos estos factores contribuían a hacer de la política una acti-

vidad fijada en la aceptación sin más discusión de lo instituido o, en caso contrario, extremadamente peligrosa.

La lucha de oposición a la dictadura se orientó dentro de un perfil de modernidad. Así, cuando desde determinados sectores de la izquierda se establecía la oposición al régimen precisamente como reivindicación de participación en las decisiones y ensanchamiento de la esfera pública, o cuando la exigencia de un cambio político hacia la democracia y el socialismo se presentaba en el seno de un discurso aparentemente unificado y sin fisuras, etcétera. En todos estos casos los rasgos y elementos esenciales de la modernidad aparecían nítidamente. Ejemplos de lo que decimos podrían ser los que siguen:

1) La tendencia a la unidad de las fuerzas de oposición al régimen para garantizar la apertura de la esfera pública de decisión política a todos los ciudadanos (sólo existente en tanto que tendencia pero con un peso específico crucial en el conjunto del discurso político de oposición).

2) La consideración de la clase obrera como la fuerza hegemónica en la dinámica de oposición (aun cuando nunca se lograra una articulación completamente compartida del rol que debería jugar en el proceso de transición).

3) La consideración de los partidos como elementos de canalización de los intereses populares a la vez que intérpretes de los "verdaderos intereses del pueblo".

4) La indefectibilidad de la victoria final contra la dictadura y el optimismo político como claro heredero de la idea de progreso.

5) La utilización de términos tales como libertad, igualdad, y otros, en un sentido aglutinador de las fuerzas de oposición, etcétera.

Junto con estos elementos, el discurso político de protesta anti-franquista llevaba aparejados otros que cabría considerar como negativos y que hoy están sirviendo de blanco a la crítica política postmoderna. Así, cabría señalar rasgos tales como:

1) La idea de sacrificio por la "causa", inevitable en un contexto político dictatorial, pero que hizo penetrar en la cultura política la idea de la futilidad de los intereses y deseos individuales.

2) La configuración de un cierto maniqueísmo en la protesta surgido como consecuencia de la escisión del mundo en antifranquistas y franquistas y que tenía como consecuencia la eliminación de matices y la simplificación del mundo político, que en la democracia tanto echaron de menos ciertos sectores de oposición.¹

3) La clandestinidad producía un cierto encapsulamiento y una falta de comunicación con la sociedad en su conjunto, probablemente inevi-

¹ La frase que mejor retrata este estado de ánimo apareció, como símbolo de desconcierto político, en una "pintada" que decía: "Contra Franco, vivíamos mejor" y que parodiaba la claramente involucionista "con Franco, vivíamos mejor". Aquí es perfectamente perceptible como se añora una definición clara de posiciones políticas que tan fácil era obtener en la lucha antifranquista.

table pero que tenía como consecuencia comportamientos políticos ritualistas, llenos de sobreentendidos, de claves ocultas, de sentimientos de grupo cerrado y portador de la única libertad/verdad posible, etcétera.

Las circunstancias especiales bajo las que se desarrolló el proceso de transición a la democracia en España² afectaron tanto a los elementos de la cultura política franquistas, como a los propugnados desde la oposición. Veámoslo de nuevo muy brevemente:

1) La entrada en pactos y negociaciones de casi todas las fuerzas políticas de la izquierda con el gobierno reformista procedente de la legalidad franquista y la progresiva pérdida de respaldo de aquellos grupos políticos que se negaban a entrar en esa dinámica o eran excluidos de ella lo que se dio unido a una cierta reprivatización del discurso y la esfera de decisión política por parte de las jerarquías de los partidos. Ello produjo un sentimiento de exclusión en grandes capas de la población tradicionalmente activa que es el origen de la apatía y de la desmovilización políticas.

2) La paralización del impulso de determinados movimientos y organizaciones de base, desde la jerarquía de los partidos de la política tradicional durante la oposición, pues era necesario pacificar el horizonte social y político para evitar una involución, excluye de nuevo a una serie de movimientos e intereses que hasta ese momento habían sido recogidos en el marco del discurso y de la praxis de la izquierda antifranquista (así, por ejemplo, asociaciones vecinales, organizaciones sindicales de base, movimientos autónomos, movimiento estudiantil, etcétera).

3) La eliminación del horizonte de negociación de ciertas reivindicaciones clásicas de la izquierda (ruptura, gobierno provisional, disolución o depuración de aparatos claves del Estado, etcétera), que se presenta como parte del corte de los pactos y acuerdos precedentemente señalados, acarrea como consecuencia una política más realista y acaso más adecuada, pero también la idea de que la unidad del discurso de la izquierda se ha roto y de que ésta carece en buena parte de puntos de referencia precisos para orientar la acción política.

Este conjunto de elementos provoca un importante deterioro de los supuestos básicos de la modernidad política reivindicada por la izquierda. A la vez, naturalmente, acelera procesos de desmovilización y apatía, el abandono de la esfera pública de gran parte de aquellos grupos cuya actuación había sido más activa y una auténtica crisis en la cultura política de todos estos sectores. En el corazón de estos replanteos se produce la influencia de una serie de conceptos procedentes de la teoría política francesa (aunque no únicamente de ella), que definen la postmodernidad política. Esa influencia, superficial o profunda, según los

² Para un análisis general del proceso de transición puede verse del Aguila R. y Montoro R., *El discurso político de la transición 1975-1980*, CIS, Madrid, 1984, con abundante bibliografía.

casos, está revertebrando la cultura política de sectores sociales especialmente importantes y es de prever que llegue a afectar a grupos y zonas de la sociedad española que hasta ahora no han recibido su influjo. A continuación nos ocuparemos de este tema intentando establecer el perfil básico de la cultura política postmoderna y de los riesgos que conlleva.

II

La cultura política postmoderna se propone la adecuación de sus presupuestos a las nuevas condiciones políticas. Para ello critica ciertos temas centrales de la modernidad y establece una serie de praxis alternativas, que sustituyen el legado moderno. Lógicamente esto supone, en un primer momento, una serie de consecuencias apetecibles desde el punto de vista de una cultura política participativa, dado que la crítica a la modernidad comienza por la oposición a esos rasgos que más arriba exponíamos como elementos negativos del discurso político moderno (la idea de sacrificio individual, el maniqueísmo, el ritualismo, etcétera).³ En adelante nuestra exposición tratará en términos generales algunas de las tendencias transformadoras de la cultura política, con especial referencia a los aspectos que nos parecen más destacables. Para lograr este objetivo abordaremos una serie de conceptos típicos del pensamiento político postmoderno y su encadenamiento lógico y político para, finalmente presentar algunas de sus consecuencias en el campo de la cultura política.

En estricta cultura postmoderna, la idea de praxis política *con sentido* y con una finalidad emancipadora y liberadora, se agota. Para oponerse a la idea moderna, que centraba toda su esperanza en la indefectibilidad de la liberación, la postmodernidad denuncia lo que de opresivo, dogmático y totalitario hay en el intento moderno de presentar la Historia (con mayúsculas) como una dinámica de progreso indefinido. La idea de progreso se quiebra, no es más que un prejuicio moderno, y con ella se elimina por supuesto el dogmatismo de la modernidad, pero también la convicción de que la acción política tiene un sentido (en los dos "sentidos": de dirección y de significado).⁴

Por otra parte, el mundo ya no se ordena según aquella dinámica de progreso. Dichó en otros términos, ya no existen grupos o zonas de la sociedad que se consideren sujetos del proceso histórico. Junto con esta idea también desaparece la de humanidad como una totalidad cuyos intereses en último término coincidirían. No hay, entonces, intereses generalizables entre los hombres; la totalidad ha estallado en fragmentos

³ Véase Colomer, J. M. "Sobre la identidad de la izquierda: laicidad y valores morales", *Sistema* 65, marzo de 1985 y el número 20 de la Revista *Leviatán* que recoge una serie de artículos en los que se resaltan muchos de esos temas.

⁴ Sobre esto Lyotard, J.F. *La condición postmoderna*, cátedra, Madrid, 1984.

y esa fragmentación llega a veces, según los postmodernos, hasta el nivel individual.⁵ No hay códigos ni normas generalizables y la resistencia a la injusticia parece ser sólo un problema "privado". Ya no hay razones para rebelarse, sólo existen rebeliones. La resistencia a la opresión no intenta (ni puede) fundamentarse en algo exterior al propio acto de resistencia.⁶

En consecuencia, no existe una razón unificada, universal o general que sea capaz de establecerse como metarelato, es decir, como relato sobre otros relatos, razón que explique y de cuenta del conjunto y de la pluralidad de razones fragmentadas. Es más, el mero intento de unificar la pluralidad de razones contrapuestas y escindidas resulta, para la postmodernidad, totalitario. La pluralidad de razones es, entonces, un dato: sólo hay lucha, contraposición, búsqueda del propio interés, fragmentariedad, y es inútil lamentarse por la pérdida de unidad de la razón.⁷ Esto significa también que, una vez más, no tiene sentido buscar un punto común al que dirigir la acción política, como no sea ese dato de la diversidad de razones y posiciones.

En el caso español estos rasgos, apresuradamente descritos, han calado en diversos grados, pero han obtenido, en la situación de "desencanto" producida por la dinámica de la transición, el mejor caldo de cultivo imaginable. Sencillamente, al perder los referentes clásicos de acción política (ya fueran éstos la ampliación de la esfera pública o la revolución dirigida por el partido o cualquier otro), la tentación postmoderna de considerar destrozados aquellos supuestos e inútil cualquier intento de resucitarlos, se ha establecido como un hecho indiscutible para grandes sectores del arco político. En estas condiciones se han abierto tres grandes tipos de respuestas a esta situación.

En primer lugar, la respuesta más general: el retiro a la privacidad. En efecto, la desmovilización, el apartamiento de la problemática directamente política y de la vida política en general, la desafiliación (en caso de estar afiliado a alguna organización), etcétera, acaso sean los rasgos más llamativos para aquel que contemple el proceso de transición y la naciente democracia en España. Por supuesto, esto afecta primordialmente a la izquierda que era la que se encontraba fuertemente politizada, pero también a sectores de la derecha democrática que en ocasiones tuvieron una actividad política antifranquista. Es como si, en vista de la inutilidad, o de la falta de alicientes de la acción política, la recuperación de la vida privada, muchas veces sacrificada y otras

⁵ Véase Foucault, M. *Microfísica del poder*, Piqueta, Barcelona, 1978, págs. 85 y ss. Sobre la muerte del sujeto y la desaparición del individuo, véase Foucault, M. *Las palabras y las cosas*, siglo XXI, México, 1978.

⁶ Una discusión sobre este tema en R. del Aguila: "Teoría y práctica: modernidad y postmodernidad en la reflexión política", de próxima publicación en un libro colectivo de homenaje al profesor Murillo Ferrol, editado en colaboración por el Centro de Investigaciones Sociológicas y el Centro de Estudios Constitucionales.

⁷ Véase Lyotard, J. F., *ob. cit.*

descuidada, se convirtiera en el objetivo básico de buena parte de los militantes de izquierda. Aparece entonces un cierto epicureísmo, una búsqueda de placer en la amistad, en la pareja, en el trabajo, en la propia formación, etcétera, que hace surgir una serie de fenómenos que van desde la aparición de un gran interés por la cocina, la música, la droga, etcétera, a un replanteo global de los objetivos vitales. Tal replanteo adoptó a veces el perfil del estoicismo, más que del epicureísmo, dado el grado de adaptación a lo existente que exigía. En este punto, conceptos postmodernos como el de juego, máscaras, apariencia, seducción, etcétera,⁸ obtienen una amplia credibilidad. Es lo que J. Borja llamó la "izquierda en zapatillas".

Naturalmente, no toda la energía de protesta se dirigió hacia problemas privados. La fragmentariedad social, política e incluso teórica se expresa, tras el quiebre de los supuestos modernos de acción y praxis, en nuevas formas de autoorganización. La democratización de las bases, el diálogo sobre intereses parciales y fragmentarios, la irrupción de nuevos movimientos sociales, etcétera, son otras tantas de sus expresiones. Lo distinto de estas formas de acción es tanto la frescura en cuanto a comportamientos, como el replanteo de las formas de resistencia a la opresión y de oposición a las decisiones políticas oligarquizadas. Es bien cierto que este tipo de acción política posee en buena parte una dificultad inevitable: resulta extremadamente difícil vertebrar una organización duradera y estable. Este tipo de movimiento se produce en torno a problemas concretos y suele desaparecer con ellos (la actual plataforma anti-OTAN es un buen ejemplo, así como también lo es el escaso éxito de los distintos intentos de organizar una alternativa de izquierda al Partido Socialista Obrero Español [PSOE] tomando como base aquella plataforma). Este es acaso el rasgo de cultura política más relevante y esperanzador para el pensamiento político de protesta, aun cuando todavía es muy pronto para avanzar posibles desarrollos futuros.

Pero hay todavía otro rasgo íntimamente unido al núcleo teórico de la cultura postmoderna que expondremos a continuación. La quiebra de conceptos como progreso, emancipación, organización, partidos, acción política con sentido, etcétera, puede llevar de la mano no ya un replanteo del concepto de política, sino literalmente a su consunción y su reemplazo por el nihilismo, el decisionismo ciego y el individualismo egoísta. En este punto la postmodernidad roza la idea de cierto "paleoliberalismo", de que después de todo cualquier cosa está permitida ya que no hay nada que logremos justificar o legitimar de una forma general. El lema que en ese caso permearía la cultura política postmoderna no es el de "protesta y sobrevive" sino el más modesto, y también considerablemente más reaccionario, de "adáptate y sobrevive". Sin embargo, este tipo de adaptación a las estructuras que comporta el nihilismo

⁸ Sobre estos conceptos véase Baudrillard, J. *Cultura y simulacro*, Kairós, Barcelona, 1984; Baudrillard, J. *De la seducción*, Cátedra, Madrid, 1984.

postmoderno tendría como característica principal un cierto cinismo. En efecto, la aceptación del *Statu quo* desde el decisionismo supone a la vez el desprecio profundo por las bases éticas que sostienen lo existente. En términos coloquiales, se aceptan las reglas del juego sin creérselas, y si se actúa así es porque el valor social dominante resulta ser el del éxito, que es lo único que queda intocado en la crítica postmoderna a la modernidad.

Por supuesto, este último rasgo se construye alrededor de algunos de los presupuestos básicos de la cultura postmoderna y no cabe achacar su aparición a mero capricho. Así, la idea de que la sociedad no es más que un magma atravesado de poder en cuyo seno tan sólo cabe intentar revertir la flecha del poder que se nos impone en beneficio propio, esto es, reorientar la dirección en la que el poder se ejerce.⁹ De esta forma, se considera a la sociedad como algo intransformable, fuera del alcance de la acción coordinada de los individuos, inescapable a la forma en que aparece y desaparecen las estructuras y se imponen sobre los hombres, etcétera.¹⁰

No es el caso ejemplificar aquí todos esos presupuestos teóricos y prácticos. Más bien nos hemos limitado a dar cuenta en este breve trabajo de las líneas maestras a través de las cuales habría que analizar el fenómeno del cambio en la cultura política española de los últimos años. Por eso mismo, todo lo que aquí se señala tiene un carácter provisional que habría que contrastar con cada fenómeno concreto, pero que en su consideración de esquema básico, creo que puede ayudar a comprender las líneas de desarrollo principales de la transformación de la cultura política española contemporánea.

⁹ Típica idea foucaultiana, véase Foucault, M. *Microfísica del poder*, ob.cit

¹⁰ Idea muy representativa de la perspectiva postmoderna; véase Del Aguila, R. ob. cit.